

ciles judíos! Admirable sabiduría de mi Dios, Vos no habeis querido obligarme á creer misterios superiores á la razon, sin haber hecho primero obras superiores á la naturaleza para confirmármelos. ¡Ah! quiero vivir y morir en la fe práctica de esta santa y adorable religion que Vos me habeis revelado... Amen.

MEDITACION CCX.

JESÚS DEJA Á JERUSALEN, Y SE RETIRA Á LA OTRA PARTE DEL JORDAN.

(Marc. x, 4; Joan. x, 40-42; Matth. xix, 1, 2).

Observemos: 1.º el lugar donde Jesús se retira; 2.º las ocupaciones de Jesús en el lugar de su retiro; 3.º el razonamiento que hace el pueblo sobre la persona de Jesucristo.

PUNTO I.

Del lugar donde Jesús se retira.

«Y partiéndose, se fué hácia los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan... á aquel lugar donde Juan habia dado principio á bautizar, y allí se detuvo...» San Mateo y san Marcos dicen que «Jesús se partió de la Galilea, y fué hácia los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan...» Esto es ciertamente verdad; pero no se debe concluir que el retiro de Jesús á la otra parte del Jordan se haya seguido inmediatamente á su partida de la Galilea. Entre estos dos acontecimientos ocurrieron otras muchas cosas que cuentan san Lucas y san Juan, y que ya hemos explicado¹. El Salvador, pues, inmediatamente despues de su salida de Jerusalem, se retiró á la otra parte del Jordan, como dice san Juan, para echarse fuera de las pesquisas de los cabezas de los judíos, sobre la ribera occidental de este rio, donde se detuvo cerca de tres meses. Habia ya comparecido en estas partes, cuando el Precursor lo habia mostrado á sus discípulos como el Cordero de Dios², despues de haber dado testimonio de él delante del pueblo, y á los diputados de la Sinagoga. Aquí justamente habia empezado el divino Salvador á juntar discípulos, de los cuales los primeros fueron Pedro, Andrés, Felipe y Natanael³. Aquí, finalmente, Juan Bautista mismo, echado por los escribas de los primeros desiertos que habia santificado con sus predicaciones⁴, se habia retirado para bautizar é instruir antes

¹ Medit. CL hasta la presente.

² Joan. I, 29. — ³ Ibid. 38, 47. — ⁴ Matth. III, 13.

de ser obligado á huirse hasta la Galilea, para evitar nuevas persecuciones¹. Observemos, por tanto, las particulares circunstancias de este lugar.

Lo 1.º *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de soledad y de penitencia...* Aquí tambien nos debemos nosotros retirar con él, principalmente en el tiempo de afliccion y de persecucion.

Lo 2.º *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de bautismo y de consagracion,* para enseñarnos á revolver muchas veces en nuestra memoria las obligaciones contraidas en nuestro Bautismo y en nuestra vocacion, las obligaciones de nuestro estado y los sentimientos del primer fervor.

Lo 3.º *El lugar donde se retiró el Salvador fue un lugar de testimonio y de verdad...* Aquel que hallándose perseguido por la verdad se refugia, no en el centro de la unidad católica, sino entre los herejes y cismáticos, apetece su amistad y su proteccion, y de ellos viene acogido como amigo y confederado, contradice á sí mismo, hace traicion á su causa, y manifiesta su error.

PUNTO II.

De las ocupaciones de Jesucristo en el lugar de su retiro.

Lo 1.º *Jesús enseñaba...* «Y se juntaron de nuevo al rededor de él las turbas...» No obstante la furia casi general de los sacerdotes del santuario y la violencia declarada de los cabezas de la república, luego que Jesús se mostró sobre los confines de la Judea, á la otra parte del Jordan, los habitadores mismos de Jerusalem, que se habian unido constantemente á él, ganados de sus instrucciones y de sus milagros, y un grandísimo número de prosélitos, esparcidos acá y allá, de los que la mayor parte habian sido discípulos de su Precursor, vinieron á encontrarlo, y él los confirmaba en la fe y los instruía... Vamos tambien nosotros á este divino Salvador. Le hallémos en la soledad, en la oracion y en el recogimiento: roguémosle que nos instruya, que nos ilumine, que nos haga gustar sus divinos misterios y sus santas máximas, y no nos desechará.

Lo 2.º *Jesús sanaba los enfermos...* «Y lo seguian muchas turbas, y los sanó allí...» Muchos enfermos corrieron á buscarlo, ó se hicieron llevar á sus piés, para ser libertados de sus males, y los sanó... Sigamos nosotros tambien con confianza á este divino Salvador: expongámosle nuestras enfermedades y los achaques de nues-

¹ Joan. III, 3.

tra alma despues de haber adquirido un perfecto conocimiento de ellos: tengamos un verdadero deseo de sanar de ellos, y él los sanará.

Lo 3.º *Jesús hace todo esto...* « como lo solia hacer... » Así como por todas partes en sus trabajos tenia el mismo fin, esto es, de preparar el pueblo de Israel al establecimiento del reino de Dios; por todas partes tambien observaba el mismo método, y jamás se veia diversidad en sus ejercicios... Imitemos á nuestro Salvador. En cualquier parte donde vayamos, en cualquier lugar que la Providencia nos coloque, con cualquiera persona que hayamos de tratar, adoptemos esta buena costumbre; esta nos siga en todo lugar, esto es, de instruir segun nuestro estado, de edificar, de hablar de Dios, de dar buenos consejos, de inducir al bien y á la virtud, de consolar los afligidos, de visitar y aliviar á los enfermos; sin que la persecucion de los hombres, su malicia, su ingratitud, el poco fruto que recojamos de nuestras penas nos hagan jamás aflojar en la práctica de estas buenas obras. Pero ¡ay de mí! ¿no tenemos nosotros, por ventura, una costumbre del todo contraria? No somos, acaso, de aquellos que en todos los lugares escandalizan, que se están ociosos, y son inútiles en todas partes, ó que al mas mínimo disgusto recibido lo abandonan todo, ó todo lo hacen con disgusto y negligencia? ¡Ah! ¿ignoramos nosotros, por ventura, que servimos á un Dios, y que de él solo debemos esperar nuestra recompensa?

PUNTO III.

Del razonamiento que hace el pueblo.

Cuando el pueblo se veia en libertad, y no estaba cercado de sus falsos doctores, entonces discurria sobre Jesús en una manera muy juiciosa. Aquí compara á Jesús con Juan Bautista, que él habia visto y oido en este mismo lugar. Sobre esto hace dos reflexiones juiciosísimas; observa dos cosas, y de ellas saca una consecuencia justísima.

1.ª *Observacion...* *Que Juan Bautista no habia hecho algun milagro...* « Y volvieron muchos á él, y decian: Juan, en verdad, no « hizo ningun milagro... » Esto es, Juan Bautista compareció con la mision ordinaria de los enviados de Dios; no ha hecho ni siquiera un milagro, y con todo eso nosotros no hemos dejado de creer á su palabra. La austeridad de su vida, el esplendor de sus virtudes, la fuerza y la sabiduría de sus discursos nos lo han hecho mirar como

un profeta, han bastado para llevar á él todo el mundo, y para formar un gran número de discípulos. Pero Jesús ¿no tiene un mérito mucho mayor que Juan? su vida no parece tan austera; pero su santidad con una vida comun en la apariencia ¿no es aun mas luminosa? Los ejemplos de virtud que da en todos géneros son adaptados á la capacidad de un mayor número de personas, y se insinúan con mayor dulzura. Sus discursos al pueblo y sus respuestas á los fariseos son de una sabiduría y de una autoridad muy superior á la de la predicacion de Juan. Sobre todo ejercita un poder absoluto sobre toda la naturaleza; obra todos los dias prodigios que no pueden venir de otra parte que de Dios. ¿Por qué, pues, tendremos nosotros dificultad de creer en él? ¿y podremos nosotros mismos, sin incurrir la tacha de necios, dispensarnos de esto?

2.ª *Observacion...* *Que lo que Juan Bautista habia dicho de Jesús era verdad...* « Y todas las cosas que de este dijo Juan eran verdaderas... » Juan, continuaban ellos, Juan no se ha calificado jamás por aquel á quien nosotros debamos unirnos siempre: al contrario, no predicaba otra cosa sino para anunciar á otro que vendria despues de él; que debia crecer mientras que él seria disminuido, y que no era digno de desatar las cintas de sus zapatos... Juan mismo ha mostrado á Jesús diciendo: Veis allí el que os he anunciado. Juan ha anunciado á Jesús como el Hijo de Dios, y este mismo Jesús dice ahora que es el Hijo de Dios, y hace sus obras. Por esto la reputacion de Jesucristo, el número de sus discípulos, la grandeza de sus milagros, y la persecucion misma que él experimenta de nuestros principes y de nuestros sacerdotes... todo esto se concilia y concuerda con el testimonio de Juan. Despues de tantas pruebas, ¿no seríamos inexcusables si no creyésemos en él?

3.ª *Conclusion de estas observaciones...* De estas reflexiones se infiere que un gran número creyó en Jesucristo y se vino á él: « y « muchos creyeron en él... » Si los impíos, si los herejes quisieran candidamente reflexionar sobre la historia de la Religion, sobre quanto Dios ha obrado en el mundo y establecido sobre la tierra para guiar los hombres, iluminarlos y llamarlos á sí, no tardarian en mudar partido, y los veríamos con suma consolacion nuestra reunidos á la Iglesia de Jesucristo. Pero nosotros, que creemos todas estas verdades y que reflexionamos sobre ellas, ¿somos verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Cuál es nuestra adhesion á él? ¿cuál es la viveza de nuestra fe? ¿cuál la fidelidad de nuestro amor? ¿cuál nuestro ardor en observar su ley? ¿Seremos, pues, siempre nosotros negli-

gentes, tímidos, lánguidos en el servicio de un tan gran Señor, que ha hecho todas las cosas por nosotros, y que nos promete todavía tan grandes recompensas?

Petición y coloquio.

Ó Dios mio, reconozco y detesto mis defectos, mi languidez y mi cobardía; de Vos mismo espero la sanidad de tantos males. Ó divino Salvador, ó cordero de Dios, ó esposo de mi alma, ó fuente de gracia, ó luz de los hombres, ó Jesús, aumentad mi fe, mi confianza y mi amor; aumentad tambien mi reconocimiento. No os alejéis de mí como habeis hecho con los judíos de Jerusalem; quiero ser vuestro discípulo fiel en vida y en muerte, para que despues de haber creído en Vos en el tiempo os contemple y os posea en la gloria de la eternidad... Amen.

MEDITACION CCXI.

PREGUNTA DE LOS FARISEOS SOBRE EL DIVORCIO.

(Math. xix, 3-12; Marc. x, 2-12).

1.º Los fariseos preguntan á Jesucristo, y Jesucristo les responde; 2.º los fariseos replican á Jesucristo, y Jesucristo les explica su primera respuesta; 3.º los Apóstoles por su turno preguntan á Jesucristo, y Jesucristo satisface á su pregunta.

PUNTO I.

Pregunta de los fariseos, y respuesta de Jesucristo.

1.º *Pregunta de los fariseos...* «Y se llegaron á él los fariseos «tentándolo y diciendo: ¿Es lícito al hombre repudiar su mujer «por cualquier causa?...» Á cualquier parte que Jesucristo se retirase siempre lo observaban sus enemigos y no lo perdían de vista, no para instruirse y aprovecharse de su doctrina, sino para ponerle asechanzas, y proponerle cuestiones cavilosas; pero siempre los confundió el divino Salvador. Ya se había explicado varias veces sobre la indisolubilidad del matrimonio. Esta materia era tan delicada, que Moisés por una simple tolerancia había dispensado de la severidad de la ley; y ahora para restablecerla en su primera fuerza y vigor era necesario contradecir á este nuevo Legislador... Presentáronse por tanto los fariseos á Jesucristo con intención de ponerlo en contradicción, ó consigo mismo ó con Moisés... Y le dijeron: «Maestro, ¿es lícito repudiar por cualquier motivo la propia mu-

«jer?...» ¡Ay de aquellos que semejantes á los fariseos preguntan solo por sorprender, y oyen la palabra de Dios solo por criticarla y desacreditar al que la anuncia!

2.º *Pregunta de Jesucristo...* «Mas él respondiendo les dijo: ¿Qué «os mandó Moisés? Ellos dijeron: Moisés permitió escribir el libelo «del repudio, y dejarla¹. Y Jesús respondió, y les dijo: Por la dureza de vuestro corazón os dejó escrito este precepto...» Citaban los fariseos este paso como si solamente hubieran leído en Moisés esto... Á su ejemplo los herejes tienen aun siempre á mano uno ó dos pasos solamente de la Escritura, ó de algun santo Padre que continuamente van citando, como si ninguna otra cosa hubiesen leído en la Escritura ó en aquel santo Padre, y como si nada mas se encontrase en otra infinidad de textos y de pasos que explican esto, y lo hacen ver concorde con el dogma católico.

3.º *Primera institucion del matrimonio...* Continuando el Salvador á darles respuesta, dijo: «¿No habeis leído que el que al principio «hizo al hombre los hizo macho y hembra? Y dijo: Por esto dejará «el hombre al padre y la madre, y estará unido con su mujer, y «serán dos en una carne: no separe por tanto el hombre lo que Dios «ha juntado...» Esto es, estos divorcios que para vosotros están tolerados no se hacían al principio del mundo: la indisolubilidad es de primera institucion del matrimonio. ¿Por qué, pues, no observáis vosotros lo que han observado vuestros padres? Dios para haceros conocer su voluntad sobre las leyes del matrimonio ¿no dijo al primer hombre estas notables palabras² que demuestran necesariamente la union de un hombre solo con una sola mujer?... «Dejará «el hombre el padre y la madre, y estará unido con su mujer, y los «dos serán una misma carne...» Ahora, siendo así, ¿es lícito separar lo que Dios ha juntado para toda su vida? ¿Qué expresiones podían indicarnos mas vivamente la union que debe haber entre los esposos?... La union de Jesucristo con la Iglesia debe ser el modelo. Ahora este Dios Salvador debe estar con esta casta esposa hasta la fin de los siglos, no obstante las persecuciones que ella debe sufrir, y no obstante los defectos y pecados de sus hijos. No es lícito al hombre separar lo que Dios ha juntado: hasta los deseos, los pensamientos y los afectos pecaminosos son del todo opuestos á la institucion divina: habrán de dar cuenta á su Criador el hombre y la mujer; y Dios ofendido, desde esta vida les hará sentir que ninguna cosa hay mas horrible que una compañía que ya no se sostiene ni está ani-

¹ Deut. xxiv, 1. — ² Genes ii, 24.

mada de un amor recíproco, ni hecha sobre el modelo de Jesucristo y de su Iglesia, cuando esta está siempre y ha sido por su naturaleza íntima é indisoluble. De hecho, ¿qué cosa mas monstruosa que ver desunidos los corazones de dos personas que ya no hacen mas que una sola, y son una sola carne? ¡Qué espectáculo ver un cuerpo animado de dos almas que son entre sí contrarias en todos sus movimientos y en todas sus inclinaciones! ¡Ay!, pues, de aquellos padres que en el colocar sus hijos y sus hijas no atienden á la uniformidad de costumbres entre los que unen para vivir juntos toda su vida! ¡Ay de aquellos que contraen matrimonio únicamente con miras profanas, y muchas veces malvadas ó poco cristianas! Pero ¡ah! por un justo juicio permitís, ó Dios mio, frecuentemente que vengan á romperse por las pasiones aquellos vínculos que ellas mismas han formado!

PUNTO II.

Los fariseos replican á Jesucristo, y Jesucristo les explica su primera respuesta.

1.º *Instancia de los fariseos...* Los fariseos, no teniendo qué oponer á la institucion de Dios tan bien expresada en Moisés, ni á la consecuencia que Jesucristo habia sacado de ella, replicaron, volviendo á citar el paso mismo que ya habian citado, aunque Jesucristo les habia respondido... «Pues, ¿por qué, dijeron ellos, Moisés ordenó el dar el libelo de repudio, y separarse?...» Tambien los impíos y los herejes sacan continuamente al campo las mismas objeciones, y oponen siempre los mismos pasos aunque ya mil veces se haya respondido; pero la caridad no debe jamás cansarse de reproducir las mismas pruebas, y de dar las mismas respuestas á las dificultades que la obstinacion no se cansa de repetir.

2.º *Respuesta de Jesucristo...* El divino Salvador les renueva la respuesta ya dada una vez... «Les dijo: Por la dureza de vuestro corazón, os permitió Moisés repudiar vuestras mujeres; pero al principio no fue así...» Esto es, vosotros os engaÑais: no es este un precepto, una ley de Moisés, sino una simple tolerancia por su parte para evitar un mayor mal, mayores excesos de que os conocia capaces, porque veía la dureza de vuestros corazones. No os ha mandado ya repudiar vuestras mujeres; su precepto no cae sobre el divorcio, que solamente tolera, sino sobre la causa del divorcio, que debe darse á la mujer por escrito al despedirla. Por lo demás, no era así antiguamente... Jesucristo abroga la permission que Moisés

habia dado á los judíos de repudiar sus mujeres; pero sin condenar la condescendencia del santo Legislador... Empléemonos con nuestros discursos y con nuestros ejemplos á hacer revivir el fervor de los primeros fieles, y á hacer observar la ley evangélica en toda su perfeccion; pero no condenemos los justos temperamentos que los pastores de la Iglesia han creído deber poner en ciertos tiempos á la antigua disciplina, por el bien y utilidad de la misma Iglesia. No murmuremos de esta tierna y fiel esposa, por los abusos que va solamente tolerando para evitar mayores males, y de que ella misma gime. Se engaña quien pretende autorizarse sobre estos abusos, y mirarlos como acciones permitidas y que pueden imitarse; es necesario recurrir al principio, á la primera institucion, y á las reglas primitivas establecidas por Dios, contra las cuales no puede darse prescripcion.

3.º *Decision y ley de Jesucristo...* Entonces sin temer nada la presencia de los fariseos, y revistiéndose delante de ellos de la autoridad de maestro, y en tono de legislador, añadió: «Pero yo os digo, «que cualquiera que repudiare á su mujer, sino por la causa de «fornicacion, y tomare otra, comete adulterio, y el que se desposare «con la repudiada, comete adulterio...» Esta cláusula, «sino por «causa de fornicacion...» es una excepcion de la prohibicion de volver á enviar á su casa la propia mujer, la cual prohibicion se entiende y debe entenderse aquí; pero no es una excepcion de la prohibicion de desposarse con otra, porque el matrimonio, no pudiendo ser indisoluble si no lo es de las dos partes, si es verdad que el que se desposa con la mujer adúltera repudiada es adúltero, el marido que la ha repudiado será igualmente y por consecuencia necesaria adúltero si se desposa con otra, porque con este segundo matrimonio separaria igualmente lo que Dios ha juntado. Este es el sentido natural de las palabras de Jesucristo, y la Iglesia ha condenado como herejes á los que han querido darles otro, concediendo al marido que ha repudiado su mujer adúltera la facultad de desposarse con otra, viviendo la primera... Esta ley se observa exactamente en la Iglesia católica, y debe hacernos comprender qué atencion y qué pureza de corazón se debe llevar en la eleccion que se hace de un esposo ó de una esposa; cuán necesario sea consultar al Señor, pedirle y obtener su bendicion, y finalmente, cuán importante sea guardarnos en esta eleccion de toda pasion, de todo pecado, de toda mira de ambicion y de interés.

PUNTO III.

Los Apóstoles preguntan á Jesucristo, y Jesucristo responde á su pregunta.

1.º *Reflexion de los Apóstoles sobre la indisolubilidad del matrimonio...* «Y le preguntaron en casa de nuevo los Apóstoles sobre la «misma cosa. Y les dijo: Cualquiera que repudiare á su mujer, y «tomare otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudia- «re á su marido, y se casare con otro, comete adulterio... Le dije- «ron sus discípulos: Si tal es la condicion del hombre en orden á la «mujer, no conviene casarse...» El estado del matrimonio sin duda no es el mas ventajoso, el mas tranquilo, el mas santo, ni el mas perfecto; pero el que es llamado de Dios á él; el que en él se empeña despues de haberlo consultado, y de haberle pedido los socorros necesarios, y se llega á este Sacramento con pureza de corazon y con aquella rectitud de intencion que pide, puede santificarse en él, y adquirir tambien una grande santidad, si con paciencia tolera las penas, y con fidelidad cumple sus obligaciones. Mas el que huye del matrimonio, ó difiere empeñarse en él por motivos puramente humanos, por evitar las cruces que son inseparables de él, por gozar una libertad viciosa, y por abandonarse á las propias pasiones; á sus gustos y á sus caprichos, falta á lo que debe á la Iglesia y al Estado, y lleva una vida igualmente reprobada de Dios y de los hombres.

2.º *Respuesta de Jesús sobre el celibato...* «Y él les dijo: No todos «entienden esta palabra, sino aquellos á quienes ha sido concedi- «do...» Renunciar al matrimonio por vivir casto en el celibato, y por servir á Dios con mayor pureza, es una resolucion de que no todos son capaces. La vocacion á un estado tan santo es un don de Dios que no se concede á todos. Aquellos, pues, que no lo han recibido deben guardarse bien de abrazar temerariamente un tan sublime género de vida, y de empeñarse en él por miras y respetos humanos, ó por el reposo, por el interés ó por la ambicion. Los que han recibido, pues, este don, y se sienten llamados á este estado, deben guardarse bien de dejarse quitar un don tan precioso por las pasiones que nacen de los hábitos viciosos, por el gusto y por el comercio del mundo, y por la esperanza de sus falsos bienes. Finalmente, los que han recibido este don, y se han empeñado ya, deben conservarlo con suma diligencia por medio de la oracion, del

recogimiento, del fervor de espíritu, del retiro del mundo, y de las ocasiones... Hagamos sobre todo esto sólidas reflexiones, y veamos si tenemos alguna cosa de que reprendernos.

3.º *Motivos de mantenernos en la pureza del celibato...* «Añadió el «Salvador: Porque hay eunucos que así han salido del seno de «la madre, y hay eunucos que tales han sido hechos por los hom- «bres, y hay de aquellos que se han hecho eunucos por sí mis- «mos (*renunciando al matrimonio*) por amor del reino de los cie- «los...» Los que son llamados de Dios á la castidad del celibato, deben animarse con las consideraciones que pone aquí el Salvador delante de los ojos. ¿Cuántos hay que se ven forzados de la naturaleza, de la fortuna, de coyunturas inevitables á vivir en el celibato? ¿Cuántos por orden de sus propios padres han sido reducidos al estado de eunucos naturales, en tiempos y en países en que este estado es útil, ó para ocupar empleos, ó para ejercitar profesiones lucrosas? Pero sobre todo, ¿cuántos hay que por una mas noble ambicion y por un interés verdaderamente sólido se han atado tan indisolublemente á un estado que ya no tienen facultad de dejar el celibato por el matrimonio?... Ó almas sublimes, no es un interés temporal el que os mueve á tomar una resolucion tan generosa, sino el amor del reino de los cielos, para gustarlo mejor ya desde esta vida, mediante la pureza del cuerpo y del corazon, y mediante la oracion y la meditacion, y para poderlo gozar con mayor gloria en la otra.

Concluye el Salvador esta divina enseñanza con estas palabras que ya otras veces habia usado despues de haber anunciado cualquiera grande verdad... «El que pueda entender, que entienda...» Estas palabras nos llevan á hacer una sólida reflexion, esto es, que hoy en dia en el Cristianismo solo la Iglesia católica ha conservado la inteligencia y la práctica de esta importante máxima. En cualquiera secta herética ó cismática, separada abiertamente de la Iglesia romana, no se halla ya alguno que por amor del reino de los cielos se obligue en el celibato á una virginidad y á una castidad perpétua; ninguno se halla que exhorte, que anime á este estado de perfeccion que el Salvador ha establecido en su Iglesia, y que san Pablo¹ encomienda con tanto ardor, y de que nos han dado el ejemplo muchísimos Santos y Santas... La pretendida Reforma, al contrario, se ha hecho gloria de violar, de abolir tan santos vínculos, declarándolos supersticiosos, y se han hallado algunos cristianos que

¹ I Cor. vii, 7, 38.

se han dejado inducir á creerlo, y á quienes no ha causado horror una tal blasfemia... ¡Oh santa Iglesia, verdadera esposa de Jesucristo, vos sola habeis comprendido las palabras de vuestro divino Esposo; vos sola le presentais millones de vírgenes que han vivido en la tierra la vida de los Ángeles; vos sola excluís de los santos altares aquellos que no se han consagrado á una entera y eterna pureza de cuerpo; vos sola sois digna del celestial Esposo, de este Esposo siempre virgen, nacido de una Virgen, y Rey de las vírgenes: bienaventurado el que lo sigue consagrándose á una castidad perpetua! Bienaventurados aquellos que con su gracia han sabido triunfar de los poderosos atractivos del placer. Estas almas puras y generosas estarán mas cercanas al Cordero, y formarán su corte.

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, las gracias proporcionadas á las necesidades del estado á que me habeis llamado... Vos me habeis adquirido con vuestra sangre; hacedme fiel á vuestras enseñanzas; dadme aquella rectitud y aquella pureza de corazon que es tan resplandeciente; por medio de ella ninguna cosa haré de cuanto hasta ahora he tolerado solo para ser mas severamente castigado en vuestro tribunal, y para que esté eternamente con Vos en el cielo haced que sea plenamente y perfectamente vuestro sobre la tierra... Amen.

MEDITACION CXXII.

LOS FARISEOS PREGUNTAN Á JESUCRISTO CUÁNDO DEBE VENIR EL REINO DE DIOS.

(Luc. xvii, 20, 21).

«Preguntado despues por los fariseos ¿cuándo vendrá el reino de Dios? les respondió, y dijo: El reino de Dios no vendrá con aparato. Ni dirán hélo aquí, ó hélo allí: porque hé aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros...» Los fariseos, que oían á Jesucristo, y que habian oído á su Precursor hablar continuamente del reino de Dios; anunciar á los pueblos que se acercaba, que venia, y que habia ya venido, le preguntaron en este momento por burla, y con una especie de insulto: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios? Por el reino de Dios los judíos entendian la venida del Mesías, las victorias que conseguirian de sus enemigos, y la venganza que tomaria de aquellos que habian oprimido su pueblo. Se figuraban que bajo de este Rey vivirian en paz, con gloria y en la abundancia; y que todas las naciones estarian sujetas y les serian tributarias. Jesús respondió á su pregunta con tres palabras llenas de una sabiduría divina, y que nosotros debemos meditar y aplicárnoslas.

PUNTO I.

Primera palabra de Jesucristo á los fariseos.

«El reino de Dios no viene con aparato...» Esto es: 1.º El reino de Dios no viene con aquellas brillantes señales de una grandeza mundana que deslumbran los ojos de los hombres, y les hacen adorar la majestad del trono... No: el reino del Mesías que debe conducirnos á Dios no es el reino del orgullo y del fausto, sino el reino de la santidad y de la virtud, reino de los corazones despegados de la tierra y que suspiran solamente por los bienes del cielo. Reino lleno de grandeza, pero de una grandeza celestial, sólida y digna de Dios... Este es el reino bajo el que vivimos, triunfamos, gozamos la paz, la gloria, la abundancia y los bienes espirituales que nos presenta.

2.º El reino de Dios no viene de modo alguno anunciado con señales en el cielo ni con fenómenos en el aire que se puedan observar... No se conoce la venida del Mesías y el establecimiento de su reino con observar los movimientos del cielo, el curso de las estrellas y las leyes de la naturaleza. El establecimiento del reino de Dios no se puede prever como se preven el buen tiempo y las lluvias con observar los vientos y la situacion de las nubes... Observaciones frívolas, ciencias funestas si nos hacen olvidar la ciencia de la salud, y si nos hacen perder de vista al Autor de la naturaleza, sus designios y sus caminos para nuestra santificacion y la eterna felicidad. ¡Ah! ¿qué sirve saber todo lo restante, si no se sabe y si no se practica la religión? Lo que los fariseos habrian debido observar con rectitud de corazon, y que solo observaban con malignidad, era la vida santa de Jesucristo, sus milagros y el imperio absoluto que ejercitaba sobre los demonios: por estos caractéres habrian fácilmente conocido que el reino de Dios habia ya venido... Estudiar á Jesucristo, la naturaleza de su reino, la manera con que lo hace subsistir sobre la tierra, lo que se debe hacer para entrar en él, para vivir en él y gustar de sus divinas delicias: esta es la ocupacion sólida, y la verdadera ciencia y sabiduría del hombre; sin esto todo lo demás no es otra cosa que necedad.

3.º El reino de Dios no se recibe, y ninguno puede disponerse á recibirlo y á entrar en él por medio de observaciones externas, superstitiosas é hipócritas, sino por medio de virtudes sólidas que hacen el espíritu de la ley por la humildad de corazon, por la docili-

dad, y por la sumision del espíritu, por la pureza de las costumbres, por la rectitud de intencion, y por el amor de Dios y del prójimo. El que tiene esta virtud no tiene dificultad en reconocer el reino del Mesías y la Iglesia que él ha fundado; en ella entra; en ella vive; gusta sus frutos, y espera las recompensas. Fuera de este reino se encuentran solo falsas virtudes; y el que tiene solo lo exterior de la virtud no vive, para hablar propiamente, bajo de este reino... Y con todo eso, entre nosotros ¡cuántos aparatos exteriores sin lo interno, cuánta superficie sin profundidad, y cuántas apariencias sin realidad! Examinémonos aquí, y no nos engañemos.

PUNTO II.

Segunda palabra de Jesucristo á los fariseos.

«Ni se dirá: hélo aquí, ó vélo allá...» El que dijese esto experimentaria estar engañado él mismo, y querer engañar á otros.

1.º No se podrá decir esto con verdad de la persona del Mesías, porque cuando vendrá su reino establecido con aparato de magnificencia, y hará sentir á sus enemigos los primeros golpes de su venganza con la ruina de su ciudad y de su templo, y con la dispersion de su nacion, ya no estará él mismo sobre la tierra en una manera visible; habrá subido al cielo, estará sentado á la diestra de su Padre, y ya no se dejará ver mas á los hombres en general, ni á un pueblo alguno en particular, sino cuando vendrá á juzgarlos á todos, y á derramar sobre ellos y sobre sus enemigos los vasos de su furor y de su justicia. Reinará entre tanto sobre la tierra con su presencia invisible y sacramental, con sus leyes y con su espíritu.

2.º *No se podrá hablar así de su reino invisible que obra la gracia...* El reino de Dios que debe establecer el Mesías, cuanto á su parte esencial y final, no consiste en cosa alguna externa que pueda mostrarse, y de que se pueda decir: «Hélo aquí, ó vélo allá...» Este reino es todo interior, él está en el alma del justo, en que Dios establece su trono, y donde reina: consiste en las virtudes infusas de la fe, de la esperanza, de la caridad, en la obediencia á las leyes y á las máximas de este reino, en la union con Dios que obra en nosotros el espíritu del Padre y del Hijo... ¿Está en nosotros este reino? ¿Vivimos nosotros bajo este divino imperio? ¡Ah! empleémonos con todas nuestras fuerzas para establecerlo siempre mas en nuestras almas con el ejercicio de todas las virtudes y con la huida de todos los vicios.

3.º No se podrá hablar así de su reino visible, que es la Iglesia... Estableciendo el Mesías el reino de Dios entre los hombres, este reino, bien que interno, y en un sentido invisible, debia necesariamente por otra parte ser externo y visible por la profesion de la misma fe, por la recepcion de los mismos Sacramentos, y por la obediencia á las mismas cabezas y pastores. Se esperaban los judios que este reino fuese solamente para ellos, que ellos solos habian de gustar de sus delicias, y que los otros pueblos sentirian solamente su peso y su autoridad; pero este reino adorable no debia ser limitado á algun país, ni á alguna nacion de la tierra, y esto es lo que nosotros llamamos la catolicidad de la Iglesia, la Iglesia católica. Cada cisma, cada herejía, cada secta tiene su ángulo destinado y su propio pueblo; se puede decir de toda falsa religion: *héla aquí, ó mírala allá*; pero el reino de Dios, la Iglesia de Jesucristo, es de todo país, de todos los pueblos: esta Iglesia está solo unida á la mision que Jesucristo ha recibido de Dios, y que ha dado á sus Apóstoles y á sus sucesores hasta la consumacion de los siglos... Si decimos que la Iglesia romana es el centro de la fe, no lo decimos ya por causa de Roma, ni de su situacion, ni de sus fundadores ó habitadores; sino porque esta Iglesia tiene por cabeza al sucesor de san Pedro, cabeza de los Apóstoles, de cualquier país ó de cualquiera nacion que sea. Luego la Iglesia de Jesucristo, el reino de Dios, que es lo mismo, no se halla acá ni allá; ella se halla donde se halla la mision de Jesucristo, donde está la sucesion del apostolado unida al sucesor de san Pedro, donde está la obediencia á esta sucesion... Obra verdaderamente divina, y que vemos subsistir ya por mil setecientos y mas años, y que subsistirá hasta la fin de los siglos. ¡Ah! vosotros, que no estais en este reino, en esta Iglesia, procurad entrar cuanto antes, no lo dilateis; fuera de ella no hay salud. Pero nosotros, que tenemos la dichosa suerte de estar en ella, demós gracias á Dios, no nos portemos como miembros corrompidos, muertos é inútiles; sino vivamos en ella de la vida de la gracia, y aprovechémonos de los grandes bienes que en abundancia nos ofrece este reino.

PUNTO III.

Tercera palabra de Jesucristo á los fariseos.

«Porque hé aquí que el reino de Dios está ya en medio de vosotros...»

1.º El reino de Dios estaba en medio de ellos por la presencia del

Mesías, el Hijo y el Cristo de Dios, el Rey de Israel, bajado del cielo, enviado por su Padre para establecer el reino de Dios; pero, como les echaba en cara Juan Bautista, él estaba en medio de ellos, y ellos no lo conocían, ó por mejor decir, no lo querían conocer; fingían buscarlo, y lo perseguían... Jesús está aun en medio de nosotros en su Sacramento; pero ¿lo reconocemos, lo adoramos, lo recibimos? ¿Cómo cumplimos nosotros nuestras obligaciones para con él? ¿Cómo correspondemos á su divino amor?

2.º El reino de Dios estaba en medio de ellos por la predicación del Evangelio, que era el actual establecimiento del reino de Dios. Entonces justamente se anunciaba y se predicaba, y muchos entraban en él por medio de una fe sincera. Lo sabían los fariseos, lo veían, murmuraban de ello; y se oponían, en vez de entrar en él, y de seguir el ejemplo que se les daba... De la misma manera está aun en medio de nosotros el reino de Dios. Es predicado, es anunciado, y viene practicado. ¡Cuántas almas santas viven con toda la perfección del Cristianismo y en una perfecta obediencia á las leyes divinas de este reino, gustan la paz y las dulzuras del reino de Dios, y aspiran á sus eternas recompensas! Nosotros conocemos muchas de estas almas fieles, las vemos, vivimos con ellas, y ellas viven con nosotros. Pero, ¡ay de mí! espectadores ociosos del reino feliz que está en medio de nosotros y que es para nosotros, no experimentamos en nosotros algunos sentimientos de emulación. Bien lejos de imitar su fidelidad, su docilidad y su virtud, acaso nos burlamos de ellas, las motejamos, y las perseguimos.

3.º El reino de Dios estaba en medio de ellos por el estrépito de las venganzas que bien presto debían caer sobre ellos, y que ya merecían... Esperaban los judíos un rey victorioso que derrotaría sus enemigos y sujetaría todas las naciones. Pero además de las victorias espirituales de este Rey divino, de que no tenían idea alguna, debían sus victorias y sus temporales venganzas caer sobre ellos mismos, por su incredulidad y en pena de su deicidio. En medio de ellos, en medio de su nación, en su país, en la misma ciudad de Jerusalem, se debía sentir este reino de terror, cuyos fundamentos, por decirlo así, estaban amasados con su indocilidad y su odio. No eran, no, las naciones las que debían ser sujetadas por este Rey vencedor; debían ser ellos mismos que, después de haber sido vencidos por las naciones, debían ser dispersos, y quedar vagamundos hasta la fin del mundo, para enseñar á todos los pueblos y á todos los fieles la terrible venganza que de ellos toma su Rey y su Dios

que ellos han crucificado... Así castiga Dios á los hombres con mil funestos accidentes que parecen solo efectos, ó de la política de los reyes, ó de las leyes de la naturaleza. Todos saben por cuántos caminos se venga Dios de sus enemigos, y cada uno de su parte se descuida en examinar si él mismo sea del número de los enemigos sobre quien deban caer sus venganzas. Con mucho gusto discurremos de los castigos que vienen sobre los otros, y ni siquiera pensamos en los que mereceremos. El reino de Dios, el reino de su cólera y de sus venganzas está ya acaso en medio de nosotros, y nosotros no nos queremos dar por entendidos. Nosotros multiplicamos nuestros pecados y vivimos tranquilamente en ellos, y no tememos los castigos que acaso están ya muy cerca de caer sobre nosotros, si no nos enmendamos de ellos, y si no hacemos penitencia.

Petición y coloquio.

¡Léjos de mí, ó Dios mio, una tal desgracia! Haced antes bien que aprecie y me aproveche de estos momentos en que me ofrecéis aun con larga mano vuestras gracias para establecer vuestro reino en medio de mí. Os adoro, ó Rey de la gloria; reconozco vuestro reino visible, vuestra santa Iglesia, en ella creo y profeso las augustas verdades: con temor y confianza espero el gran día de vuestra última venida. ¡Ah! Señor, venga vuestro reino; hacedme merecedor de él, y dignaos de conducirme á él por el camino que mas os agrade.

MEDITACION CCXIII.

COLOQUIO DE JESUCRISTO SOBRE EL DIA DEL HIJO DEL HOMBRE.

(Luc. xvii, 22-30).

Jesucristo en este coloquio trata: 1.º de la fe de los justos; 2.º de lo que ha de padecer la Iglesia; 3.º de la seguridad de los pecadores.

PUNTO I.

De la fe de los justos.

1.º *De los deseos de la fe...* Los fariseos se retiraron poco contentos de la respuesta de Jesucristo, no habiendo podido sacar de él cosa alguna que suministrase materia á sus calumnias y á sus censuras, y lo dejaron solo con sus discípulos. Á estos habló el divino Salvador en una manera menos enigmática sobre todas las partes de la pregunta de los fariseos... «Y dijo á sus discípulos: Vendrá tiempo cuando deseareis ver uno de los días del Hijo del hombre, y no